

(Viene de la página 67.)

Castelgandolfo el 27 de octubre de 1956, fecha memorable, de imborrable recuerdo para los que la acompañamos. Presidía la peregrinación el Delegado Nacional de ex Cautivos, al que acompañaban, con sus nobles y aristócratas hijos, los señores de Ossorio-Ahumada, el Secretario Nacional de la Organización, señor Gullón; el Inspector general, señor Portero; el Secretario de la Diputación, señor Martínez y Fernández-Yáñez, y otras personalidades, sumando el total de peregrinos cerca de los trescientos. Acompañaba a la peregrinación el consejero de la Embajada en el Vaticano, pues no es protocolario que lo haga el Embajador. Y a la cabeza de la peregrinación, guía y amparo, la imagen de nuestra excelsa Patrona, la Virgen de la Merced, que había de ser ofrendada a Su Santidad.

Camino de Castelgandolfo, y en las inmediaciones ya del palacio pontificio, nos vinieron de pronto a la mente aquellos bellísimos versos de «La Divina Comedia», inicio del Canto III, donde el Dante vierte en una estrofa las infinitas negruras del más desolado pesimismo: «Per me si va nella città dolente...», etcétera. Pero aquí no podían tener aplicación; mejor dicho, sí, pero con el cambio de algunas palabras que, trocando por completo el significado, serían su suprema expresión y el más alto exponente del acto. De esta manera: «Per me si va nella città *volente*.—Per me si va nell'eterno *amore*—Per me si va tra de la *devota* gente...—*Guardiate* orgni speranza voi oh'entrate.» Así, sí; así vienen a ser, son, fiel y exacta reproducción de la audiencia pontificia, de los momentos de suprema expectación, de la como celeste aparición de la sobrenatural figura del Pontífice, que paternal nos sonreía y amoroso nos saludaba con ambas manos; del emocionante sobrecogimiento al verle; del caer de rodillas, estrangulada la voz en la garganta y los ojos arrasados de lágrimas; de romper, al fin, en vivas entusiastas y clamorosos, donde se volcaban el corazón y la fe; de oír sus palabras llenas de cariño, y termina en el discurso que nos dirigió, agrandando y ahondando la emoción que nos embargaba y arrasando más en lágrimas los ojos. De todo, en fin, cuanto no es posible expresar, porque el pobre verbo y la torpe pluma se declaran impotentes para describir la impresión y la emoción más dulcemente que el alma y los sentidos han experimentado, ni piensan experimentar, si ya no es en algo semejante.

Termina el discurso y se alza del trono aquella sobrenatural figura para bendecirnos, y todos volvemos a caer de nuevo de hinojos, mientras nos imparte su bendición. Y se acerca luego para hacerse una fotografía con nosotros, y luego otra junto a la imagen de la Virgen de la Merced que se le regala, estando a su lado el oferente, Marqués de la Valdavia, a quien entrega un amplio sobre, diciéndole en perfecto español y marcando la «l» como un castellano: «Tenga estas medallas para que las reparta entre los peregrinos».

Y ya entonces el entusiasmo contenido se desbordó, y unos le besan el anillo, otros la mano, quién la esclavina, quiénes le tocan como reliquia santa el níveo hábito, y para todos, que a lágrima viva lloramos de indefinible emoción, el Pontífice tiene una sonrisa, una frase, una condescendencia de extrema paternidad.

Y cuando se despide —que no sabe cómo hacerlo—, con ambas manos saluda, y tiene que volverse varias veces ante las vibrantes y cálidas manifestaciones de vivo y sincero entusiasmo, hasta que al fin, y tras echarle un familiar la capa escarlata sobre la esbelta y blanca figura, se pierde por la puerta donde apareciera, entre clamorosos vivas y cálidos aplausos, que aún

continúan largo espacio de tiempo. Y los hinchados ojos, preñados aún de llanto, dicen más que toda palabra.

El Marqués de la Valdavia, al hacerle la ofrenda de la sagrada imagen, ahogado de emoción, balbució unas palabras muy propias y expresivas del acto, su significado y finalidad, y terminó pidiéndole, como Presidente de la Diputación madrileña, una especial bendición para todos los madrileños de la capital y de la provincia.

La audiencia con el Papa había terminado; pero la verdad era que no sabíamos cómo iniciar la salida del salón. Y allí estábamos como ausentes, como inconscientes, sin decidirnos a tomar determinación —la de salir, que era la única que se imponía—, porque nos resistíamos a creer que nuestra misión allí, que nuestra finalidad se había cumplido totalmente y no quedaba más que partir. Y bien que como autómatas, y como quienes se despiertan del más imposible de los sueños, fuimos saliendo murmurando frases y expresiones que decían, sí, de nuestra impresión y de nuestra emoción, pero como incongruentes, inconexas y sin medida exacta de lo que el labio expresaba, porque había subido directamente del corazón y de la retentiva, sin pasar por el taller de la inteligencia que las ordenara y puliese en galas del lenguaje. Y ya en los cochés, conscientes ya y en cuenta exacta de lo pasado, emprendimos el retorno de Castelgandolfo a Roma, sin saber, ni poder, ni querer hablar de otra cosa que de la audiencia con el pontífice, en los infinitos, entrañables y emotivos aspectos y matices que tuvo para todos aquella inenarrable e imborrable escena con el representante de Dios en la tierra.

Y volvían las palabras del Dante transformadas: «... Per me si va nell'eterno amore... Guardiate ogni speranza vor ch'entrate...»

\* \* \*

El día siguiente fué una jornada tan intensa como memorable, recorriendo por la mañana y por la tarde, bajo la dirección de un guía, la Roma histórica y monumental, que agota toda clase de loas y encomios. Por la noche tuvo lugar otra de las cosas que no se pueden olvidar: la recepción que en honor de la peregrinación dió en el suntuoso palacio de la Embajada de España cerca de la Santa Sede el señor Castiella, que fué brillantísima, y donde la distinguida señora del Embajador supo, con su proverbial gentileza, secundar a su esposo en atender a sus invitados de una forma que todos salimos haciéndonos lenguas de tanta finura y cortesía tanta.

Y al día siguiente, con tristeza, con toda la tristeza que es fácil comprender, emprendimos el retorno a España, por etapas, que al ser por los parajes y ciudades del itinerario —el mismo que a la ida—, mitigada con sus encantos, por segunda vez gozados, la pena y el dolor del regreso. En el cual, y como círculo de serpiente que se muerde la cola, tuvo un final idéntico al inicio: el de postrarnos, en Zaragoza, ante nuestra Virgen del Pilar, para darle gracias por el encantado viaje y feliz retorno.

¿Quién le olvidará —ni cómo puede olvidarse— en todo ni en parte? Pasarán los años, y por muchos que Dios nos conceda a todos —y ojalá sea así—, llegarán los postreros de nuestra vida —que lejanos estén y felices sean, en paz y gracia de Dios— y todos recordaremos como hoy la peregrinación que, organizada y presidida por el Marqués de la Valdavia, hicimos a Roma los ex cautivos por Dios y por España, con la alta misión y significado que repetidos quedan, grandes y nobles, dignos y santos.

LUCAS GONZALEZ HERRERO

**A** HORA que se habla mucho de los «signos externos», viene a cuento la floreciente época de un pueblecito de la provincia de Madrid que se encuentra a la vuelta de la esquina, como quien dice, a unos veintisiete kilómetros de la capital. Es el Municipio núm. 12, uno de los más pequeños, tanto en extensión como en habitantes, y pertenece al partido judicial de Alcalá de Henares. Se trata de Cobeña.

Para nuestro recuerdo hay que remontarse al siglo XV. En aquel entonces Cobeña dió pruebas de un florecimien-

judíos tratantes, mercaderes, plateros y cereceros, todos ellos personas ricas y acaudaladas, provocaban aquel dicho de «Más valía Cobeña que Alcalá y su tierra», a causa de los tratos que en ella había». Donde la ostentación adquiría grados que hoy pondrían de punta a un recaudador del Fisco, era en las bodas, en las fiestas, más aún que en tiempos de Carlos III, mucho más que en las fiestas del Corpus y aún más que la que hacían las hijas de don Antonio Martínez Salazar, Secretario del Rey, su Contador de Resultas y Escribano de Cámara.

Los habitantes de Cobeña, cuando se casaban, solían vestirse con riquísimas telas, paños finos y sedas. Numerosas joyas exhibían en sus atuendos clásicos, de oro y plata labrada, blanca y dorada, corales, etc. Se murmuraba que se habían visto sacar joyas en algunas personas con valor superior al de todo el resto de la hacienda que poseían.

Al igual que el Conde de Aranda, el Concejo de Cobeña, en el año 1574, después de expulsados los judíos, pero con vida ostentosa y fácil como en los tiempos de comercio floreciente, tuvo que dictar un Banco prohibiendo se sacase más de una libra de plata y corales por cada desposada, y reglamentando el uso moderado de los finos paños y de las sedas. Los pueblos cercanos copiaron la Ordenanza municipal y todo iba bien hasta que dos vecinos hicieron caso omiso de lo dispuesto. El Ayuntamiento los quiso castigar

## Dos hijos de Cobeña participaron en la conquista de la ciudad de Córdoba por el rey Fernando III

### Este pueblecito de nuestra provincia fué célebre en el siglo XV por la vida suntuosa de sus vecinos

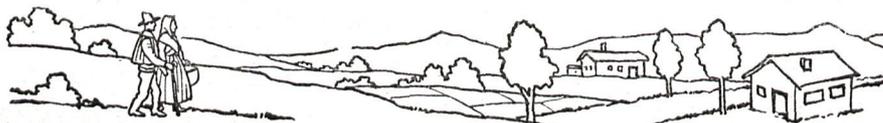
to, de una riqueza, de una ostentación tales que en nada tenía que envidiar en este orden a la capitalidad. Bien es verdad que entonces imperaba la austeridad de los Reyes Católicos. Y no crean ustedes que fué cosa fugaz, golpe de fortuna o algo parecido, pues la situación duró más de un siglo y considero que su Concejo fué el precursor del Bando que durante el reinado de Carlos III dictó el Conde de Aranda para poner coto al excesivo lujo de las damas de la Corte en sus trajes y prendidos.

Dada la proximidad de Cobeña a Alcalá —entonces rica, floreciente, crisol de la inteligencia y meta estudiantil— y más aún de Madrid, donde los judíos eran unas veces perseguidos y otras tolerados clandestinamente —de ellos la formación del barrio judaico de la capital, Campillo de la Manuela, real calle de Lavapiés, calle de la Fe (antes de la Sinagoga), etc.—, nuestro pueblecito vivía espléndidamente. Villa grande, rica, ostentosas cualidades que eran mentadas de generación en generación. Setenta casas de

y ellos recurrieron enalzada ante Su Majestad el Rey ganando una provisión real que dejaba malparada la Ordenanza citada. Volvieron, pues, las fastuosas bodas, los dispendiosos convites y festejos. El buen sentido y la merma que en sus respectivas haciendas provocaban, hicieron que los vecinos volvieran al razonable cauce de lo normal.

Cobeña tiene también sus héroes. Dos hermanos, Alvaro Collodro y Benito Baños —así se hacían llamar— en el siglo XIII salieron de Cobeña para ponerse a las órdenes del rey Fernando III el Santo. Dicen que ellos fueron dos de los pocos valientes que asaltaron de improviso uno de los arrabales de la capital del Imperio árabe y su centro religioso: Córdoba. De ellos descenden las casas de los Duques de Sesa, Marqués de Comares y Conde de Cabrera. Los Collodros y los Gallegos han sido famosos en Cobeña.

FRANCISCO HERNANDEZ MORCILLO



nosticó al Cardenal lo efímero de la obra; pero éste, que sabía de la solidez del contenido que iba a dar a esos muros, le contestó que acabaría en piedra lo que empezaba siendo de arena. Y la profecía de Cisneros se convirtió en realidad cuando en 1543 el doctor Turbalán levantaba la actual fachada de la Universidad, cuya fotografía ilustra nuestra portada. Y como en todo lo que a la Universidad Complutense se refiera tiene que estar presente el espíritu de su fundador, ved ahí, entre la bella teoría de la piedra, el cordón franciscano circundando la fachada.

Si al penetrar en el recinto universitario parecen resonar en nuestros oídos las voces de San Ignacio de Loyola, de San José de Calasanz, de Suárez y de Vitoria, antes, al cruzar sus umbrales, ese cordón franciscano nos explica la gran lección de que cuanto más se eleve en el orden de los conocimientos la mente del hombre, más debe humillarse, ante Dios, su corazón.

Alcalá de Henares fué centro universitario que, juntamente con Salamanca, atrajo como un faro a los estudiosos del mundo conocido entonces. Una alegre juventud pobló sus aulas y deambuló por sus calles. Aquella juventud que nutría sus mentes con las sabias enseñanzas y de la que salieron nombres como el de Quevedo y Lope de Vega, tenía que templar su cuerpo con el vino fuerte de la tierra. Y por eso, junto a la piedra solemne e inmortal de la Universidad alcalaína y de los templos que elevó el fervor del pueblo, alzaba sus muros el mesón, descanso de arrieros y de estudiantes. Allí, tal vez, Miguel de Cervantes apuró el último trago antes de emprender su andariega vida de trotamundos, o don Francisco de Quevedo buscó la inspiración para un soneto en el fondo de un vaso de vino que tan amables horas había proporcionado ya a aquel ribereño del Henares que fué el Arcipreste don Juan Ruiz.

La Universidad, la Colegiata, las calles y plazas de Alcalá de Henares, con su arte, con su historia y con su trascendencia en la vida de España, han sido exaltadas por la Diputación Provincial de Madrid en un «Día de la Provincia» lleno de fuerza evocadora.

GERARDO DE NÁRDIZ



REVISTA EDITADA POR LA EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE MADRID.